

una calle de Turin ya estenuado y sin voz, pero todavía sonriente; iba á una comida de amigos; él me dijo: —Diviértete—con un acento dulce, fijando en mis ojos una mirada profunda, en la cual bajo la sonrisa amorosa se adivinaba la tristeza infinita de un hombre que se sentía morir y que había renunciado á todos los placeres y á todas las esperanzas de la vida.

De entonces en adelante había empezado á decaer.

*
*
*

Llegado á Niza, estaba ya seguro desde los primeros días, que no debía volver vivo á su país.

Pero, muchacho y enamorado del mundo como era no había dado señal alguna de debilidad.

Si lloraba, debía llorar ocultamente; nadie le vió jamas una lágrima en los ojos.

A un camarero que le aconsejaba ciertas precauciones, le respondió en broma:

—¿Me tomas acaso por un tísico?—y le arrojaba á la cara el humo del cigarrillo.

Cuanto más se acercaba al fin se hacía más afectuoso y delicado, y tenía una sonrisa buenísima casi de continuo que encantaba y oprimía el corazón al mismo tiempo.

La última noche se había dormido sintiéndose mejor pero á poco se levantó improvisadamente diciendo que se se sentía mal.

Añadió todavía en lombardo sonriendo:

—¡Esta vez vá de veras!

Despues buscó la mano del amigo, dejó caer la cabeza con los ojos cerrados y murió de aquel modo tranquilamente, como buen muchacho, como había vivido...

*
* *
*

A aquellas palabras, me acordé de una tarde que jugando con él al ajedrez y perdiendo, irritado de verle sonreír de mi despecho, le arrojé en cara, bruscamente, una palabra villana oyendo la cual se puso triste y no me contestó.

Y aquel recuerdo me dió pena y me acordé de ciertas afirmaciones suyas dogmáticas acerca de la pintura que rebosaban desprecio por mi inexperiencia del arte y me ofendían; é insistiendo en aquel pensamiento, venían á mi mente razones y epigramas amargos con los cuales hubiera podido cerrarle la boca en ciertas ocasiones y me las iba repitiendo con acre complacencia, olvidado del lugar en que estaba y de aquel que tenía delante.

Pero repentinamente ví el féretro y me avergoncé de la aberracion.

Imaginé el día en que estaré yo tambien allí en medio y al pensar que los amigos tambien entonces mirarán el reloj y leerán el diario ocultamente y ha-

blarán contra mí en ciertos momentos, sentí por mí mismo una inmensa piedad que me obligó á buscar un consuelo en la imágen de mi familia, de los pocos seres que llorarían desesperadamente en mi estancia vacía y aquella imágen iba á arrancarme lágrimas cuando un silencio imprevisto me distrajo de semejantes pensamientos.

Los cantos habían cesado y el féretro, levantado en hombros de cuatro, emprendía el último viaje.

*
*
*

Entramos en el primer recinto del cementerio, por un sendero, flanqueado por enormes cipreces, entre dos vastos campos cubiertos de cruces blancas que destilaban agua.

¡Oh, aquel gran dormitorio subterráneo, aquella enorme muchedumbre oculta, aquel silencio en que parece sentirse un vago, inmenso eco de gritos desgarradores, de besos desesperados y adios solemnes, aquella soledad en la cual aparecen mil visiones lejanas y confusas de agonías nocturnas, de casas abandonadas, de familias dispersas, de fortunas perdidas, de amores desesperados, de niños abandonados, de cabezas encanecidas y de manos cruzadas, como nos hace siempre volar con el pensamiento á nuestra casa á estrechar sobre el pecho, con miedosa ternura, las criaturas en que hemos puesto nuestra vida!

El féretro parecía que huía, le seguíamos casi corriendo y de aquí y de allá las cruces surgían y pasa-

ban mil á mil como si salieran á nuestro encuentro para pedirnos el nombre del recién llegado.

Entramos bajo un pórtico, enfilamos un vasto corredor y empezamos á bajar por una escalera ancha, entre los cirios encendidos, bajo una bóveda fría y sonora.

Pero yo hubiera querido que enterrasen á mi amigo en el gran campo abierto, en medio de la selva de cruces blancas, mejor que entre aquellas paredes colosales y lúgubres, en aquel gigantesco almacén de cadáveres.

¡Dios mío! ¿La ciudad nos debe oprimir también muertos y amontonarnos todavía unos sobre otros, regateándonos el aire y la luz?

Bajé en medio de los amigos, por fuerza, pensando con un temblor de deseo en los bellos túmulos solitarios cubiertos de vegetación salvaje y azotados por el viento y el Océano, y me sentí oprimida la respiración, cuando el féretro fué colocado entre dos muros cubiertos de lápidas, en un cuartito oscuro y siniestro.

*
* *

Una profunda boca había abierta á media altura de una de las paredes; los curas se arrodillaron, los cirios formaron corro y empezaron los cantos y las plegarias: nosotros, todos en pié alrededor.

Un pensamiento extraño y triste surgió en mi mente en aquel momento. Aquel corredor subterráneo me recordó el interior de un buque y aquel nicho negro me dió la imagen de los camarotes del buque en el que habíamos hecho juntos nuestro viaje á Oriente. Un sentimiento desagradable despertó en mí aquel contraste terrible entre el barco lejano lleno de hermosas mujeres del Archipiélago y resonante de canciones y risas, que navegaba rápidamente hácia la ribera más risueña del mundo y aquel navío enorme y mudo, repleto de viajeros inmóviles que acoge á todos y no devuelve á ninguno que no zarpa nunca, que no se sabe á dónde conduzca, y parece que espera la señal misteriosa de un capitán invisible y de una tripulación de espectros.

¡Qué diferencia entre estos horrendos camarotes de piedra y aquellos otros en que pocos meses ántes, la última noche de viaje, me arrojaba una lluvia de bromas, de anécdotas cómicas, de versos de Porta y episodios festivos de su vida de París!

¡Oh, pobre amigo, si fuese verdad que también en esta litera como en aquella otra, pudieras despertarte para saludar con un grito inmenso un nuevo Oriente luminoso é infinito!

*
* *

Las voces, en tanto se precipitaban, las plegarias tocaban á su fin.

Pues bien; aun cuando para él no fuera perceptible la soledad, la idea de que dentro de poco debía quedar allí solo, me daba frío. ¡Aquel pobre cuerpo era también cosa suya!

Al verle abandonado para siempre por todos me parecía asistir á una segunda muerte.

Era como si hubiera visto arrojar aquella caja en un abismo sin fondo en el cual debiera permanecer por todos los siglos.

Los últimos *amen* morían con un sonido de suspiro; siguió un silencio profundo; la caja fué levantada hasta el agujero...

¡Adios, adios, adios, mi buen amigo, mi pobre amigo!

¡Perdon por las palabras amargas que te dije, perdon por mis descuidos, perdon por no haberte querido bastante!

¡No me olvidaré nunca de tí, vendré á menudo á encontrarte aquí, y á poner mi cabeza junto á la tuya, para decirte al oído que tus amigos te recuerdan, y te honran, y te aman todavía!

La caja cayó al fondo y entonces todos volvieron la espalda y partieron apresuradamente, haciendo resonar los pasadizos y las escaleras con sus pasos precipitados y sus voces confusas, y pocos momentos despues, el gran cementerio quedaba desierto y la fila de carruajes corría hácia la ciudad, en medio de un vivo rastellar de látigos, bajo un rayo fugitivo de sol...

*
*
*

Estaban todos contentos de volver á ver el cielo y el campo y de meterse de nuevo en la vida; saludándose con las manos desde las portezuelas, recordaban unos á otros las citas ya fijadas.

—¡Esta tarde á las siete!

—¡A la una, en el correo!

—Mañana en el estudio.

El pensamiento de la cena alumbraba todas las caras.

Los cocheros disputaban á ver quien llegaba más pronto.

El amigo que se sentaba á mi lado, un buen hombre de cuarenta y cinco años, nos explicaba su método de vida regular é higiénico, y nos aseguraba que estaba mucho mejor á los cuarenta y cinco años que á los veinte.

Los otros dos encendían los cigarros con voluptuosa sonrisa. Todos se sentían felices de estar vivos.

Se hubieran golpeado el pecho, hubieran lanzado una nota de bajo para hacer notar que estaban sólidamente contruidos.

*
* *

Yo tambien, pero no podia arrancar este pensamiento de mi cabeza: pensaba que para cada uno de nosotros, uno tras otro, se haría aquella misma ceremonia, trabaríanse las mismas conversaciones, fumaríase con el mismo placer, y me preguntaba:

—¿Quién será el primero? ¿Y quién sabe si no habrá alguno destinado á ser llevado allá abajo tan pronto, que le convendría ajustar desde este momento los cuatro coristas?

Y despues, pensaba todavía:

—Mi vecino morirá de una hipertrofia al corazon, el de enfrente de la ruptura de un aneurisma, aquel de allá de un derrame seroso, aquel otro de un cáncer en el estómago, dentro de veinte años, de tres años, de diez meses, todos antes de lo que creen ó esperan.

Y al mismo tiempo me parecía ver, tras de cada cual, agazapada, como un mónstruo, la mortal enfermedad que le aguardaba, y mi ilusion era tan

viva, que en algunos momentos aquella jovialidad, se me hacía extraña y penosa como una alegría de locos y me despertaba una compasión llena de afecto, como se experimentaría al asistir á un recreo en un hospicio de niños tuberculosos.

Y fuí con este pensamiento hasta la plaza, donde nos separamos, y desde la que cada uno se dirigió solo á su casa, llevando su mónstruo sobre los hombros.



LAS DISCUSIONES

